

ORIENTACION SOCIOLOGICA EN LA ESCUELA

Por MANUEL GONZALEZ OLACHEA

La orientación sociológica de la educación encierra un problema de pedagogía práctica, cuya importancia no puede desconocerse. Decaído el ideal individualista otras normas se imponen a la conciencia humana. La ciencia pura no puede ser el objeto exclusivo de la escuela. Tampoco lo es el adiestramiento individual, que se modela contra las sugerencias netas del ambiente, ya que la educación ha de preparar para la vida, acondicionando al hombre de manera que pueda desenvolverse adecuadamente dentro de la realidad social. Si así no aconteciera, la escuela formaría para el porvenir desadaptados a quienes la fuerza presionante del medio sometería para convertirlos en elementos pasivos en la lucha social, mediante adaptaciones violentas y precarias, impotentes para producir la cooperación y la armonía. De aquí, pues, la conveniencia de fijar la orientación sociológica de la escuela, que no viene a ser otra cosa que su compenetración con el medio ambiente. Hasta ayer era el tipo voluntarista sajón el que se ofrecía como modelo seductor. Los individualismos estaban en auge. Recibían la consagración de sus enormes y aplastantes éxitos. Todo era voluntad que en cotejo sugerente de valores triunfaba sobre la inteligencia como mera facultad abstractiva y teórica y también sobre el sentimiento. Los hombres prácticos a quienes tanto enaltecía Desmolins, oponiéndolos a los líricos y sentimentales latinos, declinaban en prestigio. El ideal voluntarista sajón se

imponía como un medio para alcanzar el dominio del mundo. Era la doctrina de los imperialismos ávidos que posponían el perfeccionamiento moral a la posesión de la riqueza. Bueno era este propósito económico, en cuanto tenía de exclusivo, para enfrentar a los hombres en una lucha egoísta. ¿Ha perdido hoy su valor y eficacia la doctrina educativa sajona? Para contestar a esta interrogación hay que fijarse si las condiciones del medio social han variado, si nuevas preocupaciones agitan hoy a la conciencia humana.

El ideal sajón de bastarse a sí mismo era antídoto de los egoísmos desenfrenados. El individualismo producía un pasmoso desarrollo en las energías creadoras del hombre; pero al mismo tiempo traía al mundo la rivalidad, la lucha terrible y enconada, ya que el propósito económico despojador de toda noción ética, en nombre de la libertad, absorbía por igual a las diversas clases sociales. El concepto de la solidaridad se oponía pues, virtualmente, a las más enérgicas direcciones de la voluntad humana. El ambiente social era refractario a toda idea de desprendimiento y generosidad. Triunfaban en consecuencia en la práctica con fuerza de ideal los sentimientos antisociales como la fiel encarnación del "struggle for life". Mas he aquí que la guerra sobreviene no para manifestar un estado nuevo, sino para transparentar la hondísima crisis que los egoísmos producían. Aparece así ante el cataclismo amenazador, la necesidad de la solidaridad como suprema norma de convivencia social. No es ya el "estruggle for life" el más apropiado para traer el progreso, la armonía y la paz. La idea de la cooperación viene a satisfacer esa necesidad de entendimiento entre los hombres empeñados en la furente lucha económica. ¿Y qué orientación debe traer hoy la escuela ante las exigencias de esta nueva realidad social? ¿Debe permanecer encastillada dentro de su arcaico propósito individualista, preparando desadaptados o exponiendo a las nuevas generaciones a sufrir la influencia disolvente de los anarquistas desbordados? Cuál, pues, debe ser la orientación sociológica de la escuela moderna? No es

por cierto la de alcanzar sólo el ideal voluntarista como última y más completa manifestación de la obra pedagógica. No es únicamente la perfección del hombre lo que la escuela debe buscar, sino también una finalidad de justicia y de perfección social que sólo se encuentra en la paz, en ese estado de entendimiento colectivo, que suaviza las asperezas y rigores de la lucha entre los hombres, haciendo posible las grandes síntesis sociales.

No podemos ciertamente concebir la escuela neutra, ante la situación grave del momento. Es preciso que la raíz de la solidaridad futura se prepare en los bancos escolares, vinculando las clases, formando el sentimiento de la comunidad, haciendo concebir en lo social soluciones alejadas de toda idea catastrófica. Hasta hoy la escuela, por una errada omisión, prescindió, de esa realidad social, de tal manera que al regresar la juventud al medio en que vive, sale desarmada y propicia a las seducciones de la demagogia revolucionaria. La escuela neutra prepara así el elemento social de neófitos, a quienes ciegos arrastra una propaganda desquiciadora. La cuestión está en definir la doctrina que la escuela ha de patrocinar. Debe desde luego desecharse toda parcialización extrema, tanto del lado individualista que aún no se da por vencido como del lado socialista que diviniza su utopía. El punto de vista escolar debe ser perfectamente ecuánime, tomando los principios que triunfan en el ambiente y que se imponen ya como postulados definitivos en la ética social. La escuela necesita para esto abstraer de la actual realidad las grandes ideas y los grandes sentimientos que aquéllos estimulan, para darle forma atractiva, calor de sugestión. Las ideas de cooperación, de solidaridad, de simpatía, de amor y de justicia, con fundamentos éticos, constituirán los ejes de la nueva dirección sociológica de la escuela moderna que busca para su obra el espíritu que transforme la tierra vinculando a la especie. Esta sería una dirección netamente sentimental, capaz de imponerse con soberana fuerza, y que hoy reclaman las corrientes en que evoluciona la vida, dentro de nuevos y desconocidos moldes. La idea colectiva

que la filosofía social ha hecho triunfar, exige otros puntos de apreciación y rumbos que armonicen con la realidad circundante. El voluntarismo que aísla y lleva a la lucha enalteció al hombre, afirmó enérgicamente su personalidad, le dió el relieve saltante de su ser; pero trajo invivita la fuerza para una sustracción de energías, y en el mejor de los casos, la idea de una cooperación se impuso sólo con fines de interés individual. Y este fué el vicio de esa propaganda de solidaridad, sin bases éticas, ni sentimentales, que algunos grandes idealistas iniciaron, y en la que por completo se adulteraba la idea vivificadora. Era aquel un contubernio inadmisibles de egoísmo y solidaridad, que derivaba del arraigo altisonante de los ideales voluntaristas y de acción, que los enormes éxitos sajones trajeron a la conciencia de buena parte de la humanidad. Se pretendía que existieran dos incompatibles estados del alma humana. Otra es la solidaridad y cooperación, que se puede y debe hoy preconizar, y de la que la escuela necesita ser el primer centro activo incontaminado, del que partan al medio social, brisas de armonía, alientos sinceros de transformación. ¿Es acaso tarde para realizar esta obra? Para el viejo mundo quién sabe, pues las clases ya se agitan allí con fiebre de revolución. La sociedad europea vive las horas decisivas, en que amenazan hacer crisis las pasiones antisociales de las masas populares. La obra lenta de la escuela no serviría quién sabe para conjurar la tormenta que se desencadena; pero en América la cuestión varía de aspecto. La lucha de clases se inicia recién. El capital y el trabajo no parten en dos de modo definitivo al organismo social. Cabe en consecuencia la propagación de una doctrina que sanee los espíritus y que aplaque pasiones iniciales, preparando así las vías tranquilas y normales de la evolución económica, eje central hoy de la actividad del hombre.

Se caracterizan dos momentos culminantes en la evolución pedagógica: el intelectualista y el voluntarista. El sentimental se presenta el último, en estos instantes de la historia humana. Es especialmente en la escuela sajona donde se realizaron los dos primeros momentos educativos

a que nos referimos. El sentido realista dominante en los pueblos sajones, los puso en mayor contacto con la vida en acción. Al contrario en la escuela latina superó la obra puramente intelectualista y conceptual, divorciada de la sugerente actividad del medio. Pero sea como fuere, ambas direcciones dominantes y exclusivas trajeron para el espíritu la frialdad, el egoísmo, la doctrina o la acción ambas sin alma.

En el período intelectual se almacenó en la mente las grandes ideas de la cultura humanista. En el período que se consagró a exaltar la voluntad, el selman, las actividades individuales hicieron prodigios en una lucha encarnizada de intereses. Esta concentración volutiva, pujante, desvió al hombre del sentimiento generoso y sincero de cooperación. La razón y la voluntad eran endiosadas; pero la sensibilidad en cuanto podía ser elemento de vinculación, se le consideraba como la Cenicienta. Pues bien, el momento sentimental es el que le corresponde cumplir a la escuela moderna. Es desde luego, el más difícil y al mismo tiempo el más urgente y necesario. Es claro que la escuela siempre luchó por formar sentimientos al realizar su labor conceptual; pero en este caso aquéllos se estimulaban sólo para beneficio de los propios egoísmos. La etapa sentimental de hoy tiene que verificarse inspirada de abnegación, de renunciación y de amor. Su objetivo final que no queda en el individuo, implica una acción transeunte, empleando un término escolástico. El esfuerzo modelador de la escuela es, pues, más difícil, y la dificultad aumenta, si como pasa en este caso existen en el ambiente sentimientos contrarios que el egoísmo y la lucha de clases mantiene. La escuela está en el caso de iniciar un nuevo apostolado, a fin de que junto a la idea de la ciencia y de la voluntad triunfadoras, surja el amor, el sentimiento, como fuerza de vinculación y cohesión sociales. El éxito de la inteligencia y de la voluntad, ha tendido, intensamente a la disgregación colectiva, a la formación de grandes grupos hostiles, en virtud de una reacción defensiva que se equivoca y extralimita. Viene por esto el sentimiento como factor de ar-

monía, como elemento renovador. El sentimiento con su fuerza creadora, integrará el psiquismo superior del hombre, restableciendo equilibrios, compensando energías y juntando lo que una cultura parcializada separó dentro de las frías concepciones de un individualismo olímpico, a fin de que continúe desenvolviéndose la civilización, de acuerdo con la ley que Wundt llama de acrecentamiento.



CONVERSACIONES Y PASATIEMPOS

Por OCTAVIO MENDEZ PEREIRA

«He hecho entrever, por encima del abismo, el gran camino de igualdad, de equivalencia, que los dos sexos acabarán un día por recorrer juntos armoniosamente. Mi *Garzona* no es más que una etapa en esta marcha inevitable del feminismo, hacia la meta magnífica a que ha de llegar».

Al afirmar esto Víctor Margueritte no hace sino plantear un problema del feminismo, el más difícil de resolver. En ese *camino de igualdad* ¿puede la mujer fraternizar con el hombre en el libertinaje y el vicio para alejarlo del éste por la rivalidad o por los celos? ¿Si nos produce tanta repugnancia esa muchacha con pujos de hombre que se llama Mónica Lerbier en la novela de actualidad, es porque no estamos acostumbrados a verla moverse con la independencia y el desparpajo del macho dominador, o es porque la mujer, no por costumbre, ni por sometimiento, sino por su naturaleza, no podrá nunca sin ajarse y mancharse y envilecerse más que el hombre, llegar al fondo de ciertos placeres? Por ahora y a pesar talvez de Víctor Margueritte, Mónica, ya encenegada en todos los vicios, va a contestarnos en la respuesta a esta pregunta que le hace un indiscreto: ¿«No se encuentra usted ahora igual a los más favorecidos de esos hombres cuyos privilegios encontraba usted antes tan injustos?»

— Qué me importa, puesto que en cambio he perdido la alegría de vivir? Estoy sola y sin rumbo. La humanidad me repugna hasta el punto de que no tengo el deseo, la

más leve fuerza para luchar por cualquier objeto! Pero, por fea que encuentre a la humanidad, no hay nada que me asquee tanto como yo misma».

No, mi querido Víctor Margueritte, la venganza por la igualdad en el libertinaje, no parece ser el medio más eficaz para la liberación de la mujer. «Esclava acostumbrada a la resignación y a la sombra», la emancipación y la luz no pueden venirle por el lado del mal, puesto que, usted mismo lo ha dicho, la exposición de aquél «no hará más que asquear de antemano a las jóvenes almas, por poco que sean sanas. Es el fanal sobre el abismo».

Ese instinto de sabiduría, de fidelidad, de bondad, esa sed de justicia innata en la mayor parte de las almas femeninas que usted reconoce, se rebelarán siempre, junto con el egoísmo del hombre, justificado o no, contra este sistema *homeopático* aplicado a la moralidad humana.

«Todo lo que yo sé, Mónica, es que era usted una altiva, una bella alma, anhelosa de todo lo que exalta la pobre voluntad humana» y que ahora, abatida y engrandecida por el sufrimiento, y por el amor, sólo aquellas cualidades han podido salvarla.

Pero no siempre sucederá así: el temple de estas armas no se ha hecho para el lodo, para la sombra, sino para la gloria y para la luz. La justicia, el amor, el trabajo, la virtud, son los únicos lazos que pueden sacar al hombre del abismo y atarlo libremente a su compañera en la lucha por la vida. Y es cínica la impaciencia emancipadora que se atreve a exclamar: «Un mal paso, sí! pero, a pesar de todo, un paso»! Pura y valiente, femeninamente varonil, cada paso de mujer moderna hacia la conquista de sus derechos, debe ser un buen paso, y debe ser un ejemplo de atracción para el hombre.

Por lo demás, Víctor Margueritte, a mí no me ha escandalizado su *bisturí brutal* «que pone el mal al descubierto», porque opino con usted que «la moralidad no está en las palabras sino en las costumbres».



GUERRA JUNQUEIRO

Por JOSE FRANCES

Se entierra con Guerra Junqueiro, como en otro tiempo en las tumbas de los monarcas orientales, todo el tesoro espiritual que le pertenecía por herencia y que acrecentara con su genio: el impulso idealista de los poetas de su siglo.

Antes de él, Hugo y Carducci. Luego de él, ¿quién puede con palabras latinas exaltar el latinismo ardiente, incrédulo y místico de otros? ¿Dónde está el que pudiera arrostrar la suave delicia de expresar rebeldías rotundamente ingenuas cuando ya el mundo las realizó sin líricos arrebatos, más allá de todo poema y toda sublevación popular?

Guerra Junqueiro al morir nos recuerda que no había muerto. Es el ácido reproche de estas existencias recolectas donde finan refugiadas las turbulencias placeadas ayer. Guerra Junqueiro podía unir a la idea grata de los ecos prolongados, del rebote de su elocuencia esparcida más allá de su patria, la otra idea consecuente e ingrata de un gran silencio y una soledad sonoros.

Ahora al saber que el aquilino perfil ha sido aguzado más todavía por la muerte, al presenciar cómo se revuelve en las biografías, los ensayos y las papeletas de diccionario para repetir fechas, títulos y juicios manoseados muchas veces, la obra del poeta lusitano se actualiza sin perder su desolador acento anacrónico.

Al principio parece como si ella fuese también senil en la senectud que el año del natalicio desvela bruscamente. Pe-

ro si entramos a ella, con el deseo de aislarnos de cuanto nos aturde hoy por la caótica iconoclastia donde los constructores todavía no se presienten, nos dará toda su fragancia intacta, su cordialismo inagotable, su pureza sin marchitar.

Ciertamente, las *Oraciones al pan y a la luz*, los apóstrofes cívicos, las sátiras descreídas y, sobre todo, la infinita ternura de *Los sencillos*, no han perdido su virtualidad emocional. Era que las habíamos olvidado porque estaban ya muy detrás de las renovaciones sociales que parecían utópicas en la juventud y aun en la madurez de Guerra Junqueiro.

El propio poeta estuvo a punto de ser Presidente de su República, árbitro oficial de la tierra nativa, donde fuera, con más íntimo y perdurable dominio, árbitro intelectual. Y siéndolo, ya nada le quedaría posible lamentar por imposible al poeta del verbalismo revolucionario y la mística sensibilidad.

Pero estaba en la situación desencantada del peregrino de ilusión de su Poema, a quien sólo la estrella de los vespers comprendió el secreto de las pupilas de mendigo, de sepulturero y de agonía.

Le cercaban Crucificados de todas las épocas y todos los estilos en su mansión de Oporto. Mesaba sus barbas como ciertos reyes de teatro maeterlinckiano y ciertos ancianos de los poemas de Tagore. Sus lecturas eran en libros del siglo XIX, los más inmediatos. Forzosamente sedentario, se le llenaría el alma de crepúsculo al evocar las radiantes jornadas por los caminos de España detrás de un borriquillo donde iba cargando las lozas, las telas, las orfebrerías antiguas, y disfrazaba su grandeza lírica con picardías de mercader rubricadas por su perfil judaico.

Así le ha encontrado la muerte, a la que bendijo en su *Oración a la luz*: «Bendita sea la muerte, en cuya esencia etérea ondula hacia el Señor nuestra hórrida miseria».

Algo que nos corroe y se nos gangrenaría si no acudiéramos a cauterizarlo es la consecuencia de este acto de enterrar al último poeta civil de Iberia. No bastarán los pensamientos efímeros de los tópicos elegiacos en las gacetas y en las veladas del Ateneo.

Procuremos restablecer en la conciencia, si no aquel estado de candor civil que hizo factible *Os simples* como la veraz poematización de una raza y de una ideología acordes entre sí, al menos el culto filial a lo que Guerra Junqueiro significó y que las generaciones posteriores a la nuestra ya no podrán comprender jamás.



Al Margen de los Libros

A cargo del Licenciado Manuel Ray

LA CONFERENCIA DE VASCONCELOS

La conferencia leída la noche del 9 de diciembre del año pasado por el Licenciado José Vasconcelos, Secretario de Educación Pública en México, en el «Continental Memorial Hall» de Washington, hasta hace poco vino a nuestras manos, y nos apresuramos a leerla detenidamente con la mira de encontrar opiniones macisas y fundamentales. Si no hubiésemos conocido el plan instructivo y educativo que viene desarrollando en Rusia el famoso Lunackarski, quizás nos habría sorprendido el publicista mexicano; sin embargo, el hecho de que la reforma no sea original no por ello vamos a sentirnos desconsolados ni mucho menos a criticar ese esfuerzo reformista que se inicia en la tierra mexicana.

Por desgracia, se nota en el desarrollo de la tesis más entusiasmo patriótico que profundidad de conocimiento. Tratando de la influencia del medio sobre las actividades humanas, tema de tanto fuste en asuntos sociológicos, el señor Vasconcelos se muestra muy por lo bajo de sus aspiraciones y carente de valiosa información. «Escritores y educadores — escribe — del viejo tipo científico expresaron, con frecuencia, la opinión de que nuestro pueblo, particularmente el indio y la clase trabajadora, constituían una casta irredimible, supuesto que siendo el hombre un producto de la herencia y el medio, el mexicano auténtico no tenía esperanzas de redención, porque su ángulo facial no correspondía a tales o cuales normas propias del tipo escocés o noruego, y, además, las circunstancias ambientales en que se verificaba su desarrollo, eran de la peor clase. Pero estos mismos teóricos solían afirmar, así mismo, que toda esta población oprimida era totalmente incapaz de derrocar el despotismo militar y económico de Porfirio Díaz, el

de la mano de hierro. Y, sin embargo, sucedió que Porfirio Díaz, y todo su ejército y todos los aristócratas y oligarcas de su época, fueron derrotados en el campo de batalla, a la vez que sus métodos de gobierno caían en completo descrédito. Desde entonces nos hemos dicho, recordando el Evangelio, más bien que las largas contradicciones y obtusas afirmaciones de la pedantería científica, que todos los hombres son hijos de Dios y que todas las razas son o pueden llegar a ser aptas. Algunas sobresalen en determinadas aptitudes y otras se distinguen por aptitudes diversas; pero importa al progreso y mejoramiento del mundo que todas las razas y todos los hombres sobrevivan y conquisten libertad económica y política, a fin de que puedan lograr la expresión total de sus almas. De suerte que, apartándonos de las hipótesis sociológico-científicas, y provistos de una buena dosis de sentido común y con algo de inspiración cristiana, nos hemos dicho a nosotros mismos: este medio que nos rodea es un obstáculo para la salvación del pueblo. Sí, la ciencia tiene razón hasta este punto; pero de ello sólo se deduce que es necesario transformar el medio, y en contradicción de las ideas spencerianas, que ven en el hombre un producto del medio que lo rodea, hemos adoptado la doctrina formulada hace más de cien años por Simón Bolívar cuando dijo, refiriéndose al porvenir de las naciones latinas de este Continente: «Si la naturaleza se opone, lucharemos contra ella y haremos que nos obedezca». Creemos que hoy, como ayer, el hombre puede convertir el medio a sus aspiraciones, ya que la civilización, desde sus comienzos, no es otra cosa que la victoria periódica del hombre sobre las circunstancias que lo rodean. En consecuencia, estamos empeñados en cambiar la vieja organización social para dar lugar al crecimiento de un futuro mejor».

Hemos copiado todo el párrafo para que se destaque mejor la argumentación que de sus conceptos se deriva.

Al hablar del cientifismo, el señor Vasconcelos probablemente se refiere al de México, que sí fue muy criticable, perverso y pedante. El calificativo de «científicos» se les

daba en dicho país a los partidarios y colaboradores de don Porfirio Díaz, sin que hasta ahora se conozcan los fundamentos de esa denominación tan inadecuada. Parece ser que la influencia extraordinaria que ejerció el financista Limantour, a quien se respetaba como el semidiós de las combinaciones económico-estatales, dió margen a la denominación, denominación que, andando el tiempo, ha venido también a perjudicar el criterio del reformador mexicano, haciéndole creer, que *el sentido común* y la *inspiración cristiana* pueden más en el camino de las reformas sociales, que los recursos de la ciencia. Es creencia muy generalizada entre nosotros los latino-americanos, la de considerar como científicos a los individuos que descuellan en las profesiones liberales, y de semejante equivocación recae sobre la ciencia una responsabilidad que no le pertenece.

Dejemos esto así y pasemos a considerar las afirmaciones del señor Vasconcelos con respecto a la transformación del medio ambiente. Nosotros entendemos que esta tarea no puede realizarse sino al amparo de muchos recursos y de muchos conocimientos, es decir, de ciencia y dinero. En Panamá, por ejemplo, se necesitó para esa transformación de la ciencia de Gorgas y Finlay y de los millones del Gobierno Americano. Sin estos recursos, la expresión del Gran Bolívar no habría tenido más valor que el de una baladronada. El índice de nuestra mortalidad era superior al de Madras, y hoy, Panamá, es un lugar de salud y convalescencia.

Transformar el medio ambiente no es, pues, facultad de pueblos empobrecidos e ignorantes, ni tampoco de caudillos y reformadores políticos. Sin el saneamiento, aquí en Panamá, todavía estaríamos muriéndonos de fiebre amarilla y de vómito negro, aun cuando hubiéramos inaugurado antes el régimen comunista más cumplido.

Los escritores y educadores que sostenían la incapacidad del indio mexicano para reaccionar en contra de la servidumbre, no eran «científicos del tipo viejo», como nos lo dice el señor Vasconcelos en la creencia de que hay ciencia vieja y ciencia nueva. La ciencia positiva ha demostra-

do, por el contrario, que la incapacidad no existe, y que a donde quiera que aparentemente se presente, no hay en el fondo sino falta de cultivo, es decir, del recurso científico. El pensador norteamericano Ward estudia este problema en forma atrayente y profunda en su tratado de sociología dinámica, que debieran consultar todos los reformadores sociales, para aprender mucho y obrar acertadamente.

En cuanto a la burla que hace el publicista mexicano a la antropometría, diciendo que los científicos mexicanos sostenían la incapacidad de redención de los aztecas debido a que «su ángulo facial no correspondía a tales o cuales normas propias del tipo escocés o noruego», ella misma nos demuestra la ignorancia al respecto de los tales científicos y el poco conocimiento sobre la materia del señor Vasconcelos.

La antropometría no ha dicho todavía su última palabra; pero promete demasiado, a juzgar por los estudios en que están comprometidos un núcleo considerable de investigadores norteamericanos y europeos. El hecho suficientemente observado, especialmente por el profesor Boas, sobre el crecimiento y decrecimiento de los cráneos en los niños y en los adultos y el cambio de sus formas en relación con el medio social, son circunstancias muy llamativas y de cuyo estudio tiene que resultar algo muy ventajoso en el campo sociológico. Esto no lo dice el Evangelio y, por consiguiente no puede tener valor para el señor Vasconcelos, muy inclinado a creer que la ciencia camina a la retaguardia de los hombres resueltos y atrevidos y que vale más una corazonada que un acto reflexivo.

El levantamiento de México contra los regímenes oprobiosos, no ha sido un resurgimiento milagroso, sino el cumplimiento de un hecho muy comprensible y muy natural, consagrado en adagios populares, tales como el de «no hay mal que dure cien años, ni cuerpo que lo resista»; «del exceso del mal, surge el remedio». Lo propio aconteció en Rusia y está aconteciendo en la Europa entera.

El resto de la conferencia tiene muy recomendables ideas, pero abundan las contradicciones y el prurito de una originalidad anticientífica, muy del agrado de los eruditos del clasicismo, siempre contrariados con el avance de lo nuevo y de lo positivo. Dice, por ejemplo, que las conclusiones a que llega la observación médica con respecto a los niños anormales, es perfectamente inservible y trivial, y que allá en México han resuelto por esa razón, *gastar en pan lo que se ahorra en médicos*. Esta opinión es inaceptable y cándida; lo que nos demuestra es que la medicina anda muy descuidada en la tierra mexicana. Si las anormalidades pudiesen enmendarse con pan, se habría resuelto con la sencillez más grande uno de los problemas más complejos.

No terminaremos sin referirnos a la opinión del señor Vasconcelos en lo que se refiere a la fundación de bibliotecas populares, ya que ese parece ser el asunto de su resorte, en su calidad de cultor literario. «Para formar la colección — escribe — nos regimos por el valor intrínseco del libro y su importancia práctica. Nuestras colecciones contienen volúmenes de Platón, Esquilo, uno o dos clásicos romanos, después Dante, Shakespeare y media docena de clásicos españoles, como Lope de Vega y Cervantes; y entre los modernos, Goethe, Ibsen, Shaw, Pérez Galdós, Romain Rolland, Tolstoi y Tagore; agregamos a todo esto unos cuantos libros sobre cuestiones sociales, compendio de historia universal, compendio de geografía de Reclús y manuales de agricultura e industria.....»

En esta selección hay más libros inadecuados que adecuados. Nosotros no sabemos qué ventaja pueda obtener un obrero con la lectura de Platón, Esquilo y los clásicos romanos y españoles. Dichas lecturas son inoficiosas por cuanto suministran conocimientos que ya están requeteados y comentados por miles de publicistas; y en punto a cuestiones instructivas la ley de la división del trabajo es tan ventajosa como en el orden económico. La norma de preferir los libros nuevos a los viejos es muy equitativa y con tanta más razón cuanto que el progreso nunca camina

para atrás. Libros nuevos hay admirables, pero no en nuestra lengua, y de ahí probablemente el apego a lo arcaico, cuando lo mejor sería emprender una campaña de traducciones completas. La síntesis de lo viejo es lo que nosotros necesitamos, y esa síntesis nos la brindan los comentaristas.

.....

Diéramos algo por que la transformación social de México, fuese tan prometedora como nos lo dice el señor Vasconcelos.

FEDERICO CALVO.

EUROPA SIN PAZ.—FRANCESCO NITTI.—Editorial Internacional.—Berlín.—Buenos Aires.

De entre ese caos inmenso que es la Europa de post-guerra, nuevo infierno dantesco donde una constelación de pueblos atribulados parecen marchar a tientas, como en profundas tinieblas, surgen de vez en cuando voces que son "resplandores sobre el abismo" al decir de Henry Barbusse. Algo de una verdad dolorosa, de un gran sufrimiento colectivo revelan las palabras de unos cuantos hombres sinceros y veraces, que en esta hora de angustia, de indecisión y de odios mal contenidos, claman con acentos proféticos, dignos de ser escuchados: Anatole France, Barbusse, Bernard Shaw, Wells y otros más están llevando a cabo una labor depuradora, obra que lleva en sí un germen inextinguible de fraternidad, de anhelos santos de volver la espalda a organizaciones decadentes, malas, no tanto por viejas sino porque no corresponden a situaciones nuevas, producto natural de la época contemporánea y de las generaciones actuales, que, llenas de ideales renovadores, bregan sin cesar con fe, y buscan en las lejanías del porvenir la luz de justicia y de verdad que ha de alumbrar al fin los términos del mundo!

Multitud inmensa de escritores, periodistas guerreros y estadistas, en artículos, libros, memorias, tratan de eludir las responsabilidades que les corresponden, o bien de justificar actitudes presentes o futuras, pero cuán pocos de ellos le rinden leal culto a la verdad. En su mayor parte están todavía influenciados por el apasionamiento de quienes han visto y sentido de cerca el galope infernal de los cuatro jinetes del Apocalipsis. Un velo sutil, pero intraspasable, como el que envolvía a ciertos dioses de la antigüedad impide, aun a nobles talentos, el ver claro; el odio y el amor y el interés, repeliéndose, o atrayéndose en inconcebible connubio, son factores que dominan de tal suerte a los espíritus, que es inútil creer que haya llegado el momento de la sinceridad y del arrepentimiento para los hombres de ese hervidero de pasiones, que es la Europa de post-guerra. Empero, como esperanzas mesiánicas, de vez en vez, relámpagos deslumbradores desgarran la tiniebla profunda e iluminan las ruinas de tantos deshechos ideales; pero son meteoros: aún no ha sonado la hora del remordimiento y de la paz. He aquí por qué es tan difícil orientarse en el pandemonium europeo, si se quiere hacer justicia a quien lo ha menester. De tal modo están influenciados, en una forma u otra, los hombres que actuaron en la Gran Hecatombe y que escriben sobre ésta, que se necesita la obra sedante de unos cuantos años más para poder apreciar imparcialmente la catástrofe de 1914, y más todavía, sus desgraciadas consecuencias. Una lontananza histórica debe separarnos de tales hechos para que entonces sea posible emitir un juicio definitivo.

Europa sin paz, el libro de Francesco Nitti, ex-primer ministro italiano es uno de los que más han llamado la atención. Sincero y lleno de los mejores deseos para el porvenir de su patria y de la Europa entera, Nitti ha tratado de ser justo y veraz. Casi no es posible exigir más a quien fue primer ministro de una de las naciones beligerantes. Aun cuando su reconocida germanofilia, pudiera restarle algún valor a sus afirmaciones, ellas merecen

tenerse en cuenta pues están respaldadas con la autoridad de hechos históricos incontrovertibles, y más aún si se considera que Nitti se dice un amigo sincero de Francia.

No es posible, naturalmente, estar conforme en todo con él, ni con todas sus apreciaciones, especialmente con las que se refieren a Rusia, ya que, para juzgar los sucesos ocurridos en ese grande e infortunado país, no ha tenido la misma alteza de miras, ni el mismo imparcial criterio que ha usado para juzgar la actitud y la situación de los países que tomaron parte en la guerra, y especialmente a los que fueron vencidos.

Se nos ocurre pensar que así como las potencias centrales de Europa ya han encontrado en Nitti el enemigo franco y leal que ha tenido para ellos palabras de justicia y de verdad, también para la Rusia de Lenine, inmenso crisol donde se está realizando el más gigantesco ensayo social que hayan visto los siglos, llegará su hora de reparación, como le llegó a la Francia convulsa del 79, y entonces no faltará quien haga ver la incalculable trascendencia humana de la revolución rusa, depurada ya de las máculas con que ardientes defensores del actual régimen capitalista, de envenenado criterio, según la expresión de Ingenieros, quisieron hacer odioso el titánico esfuerzo de un pueblo en su marcha cruenta y dolorosa a la conquista de un mejor régimen de vida.

Seis son los capítulos de *Europa sin paz*: Europa sin paz — Los tratados de paz y la continuación de la guerra — Los tratados de paz, su origen y su objeto — Los vencedores y los vencidos — La indemnización del enemigo vencido y las preocupaciones de los vencedores — La reconstrucción de Europa después de la guerra y la política de la paz.

Bien merecen tales capítulos una lectura detenida y comprensiva. Ellos tienen todo el valor de un esfuerzo sincero y bien intencionado. Por el hondo anhelo de paz, por el ferviente deseo de verdad que revelan los párrafos finales del último capítulo, voy a dar término con su transcripción, a esta nota marginal:

“Si no se quiere que vencedores y vencidos caigan todos, uno tras otro, en una sima sin fondo, y que una suerte común reúna a todos los que por tanto tiempo se odiaron, es preciso una gran palabra de paz.

Austria, Alemania, Italia, Francia, no son fenómenos diferentes; son fases distintas de un mismo fenómeno. Toda Europa caerá irremediablemente si no se encuentran las condiciones de vida indispensables para su restauración y si no se restablece el equilibrio económico que la guerra perturbó de manera tan catastrófal.

Yo intenté decir en este libro con toda sinceridad lo que espera Europa, los peligros que la amenazan y cuál es el camino de su verdadera resurrección. Muchas contrariedades experimenté en mi vida política; pero jamás me perturbaron las campañas contra mí dirigidas. Yo sé que la prudencia y la vida son hermanas; nada debo modificar de cuanto hice, ni en mi propaganda ni en mi esfuerzo de renovación humana, convencido, como lo estoy, de servir la causa de mi patria y la de la civilización. La alabanza y el vituperio no me desorientan, y las agitaciones promovidas en el interior de mi país en nada modificarán mi convencimiento, antes fortalecen mi voluntad firme de continuar en el camino emprendido.

La verdad siempre triunfa; dejémosla que gane tiempo. Ahora son harto densas las nubes; pero no han de tardar mucho en disiparse. La crisis que amenaza y turba profundamente a Europa lanzó el grito de alarma incluso a los espíritus más excitados. Todavía se encuentra Europa poseída por la duda. Pero tras los gritos de odio y de furor, la duda significa un gran progreso; *¡Y en la duda se esconde la verdad!*”

M. R.

LA PUERTA, por RUBEN AZOCAR.—Santiago, Chile.

Rompo, por esta vez, mi costumbre de no escribir sobre libros de versos. Es que para mí la poesía tiene un encanto tan inefable, me despierta tan hondas y sinceras emociones, que no me es posible expresarlas en la forma que quisiera. Por eso, cada vez que cae en mis manos un libro de versos lo leo con delectación, si me agrada, o lo abandono si no me parece bien. En el silencio y frente al numen del poeta, en alas de la fantasía o del sentimiento, yo asciendo hasta la divina musa que tantas cosas bellas engendrara. Y gozo intensamente y vivo instantes bellos, y egoísticamente, no paso de ahí. Pero hoy, el recuerdo de un soñador, del idealista que pisara nuestras playas con su bagaje de ilusiones y de grandes esperanzas, me mueve a hablar de *La Puerta*, el último libro de versos de Rubén Azocar.

Todavía no se ha extinguido el eco de las últimas jornadas de Rubén en nuestra tierra. Ingenuo Rubén. Cuán triste sería tu desengaño cuando después de luchar bravamente, de exponer al desnudo tu corazón pleno de sinceridades y de verdad sentiste el dardo terrible de la injusticia que te disparaba el sectarismo intransigente. Pero ah! si hubieran comprendido tu alma ingenua de niño grande, tu espíritu puro y honrado de soñador empedernido! Si se hubieran asomado a tu conciencia limpia, cómo les dolería algo íntimo a todos los que ayunos de la misericordia y de la caridad que predicaba el Maestro bajo los remotos cielos de Palestina, alzaron contra ti el guijarro contundente! Si hubieran sabido que eres de la escuela de Rodó el nunca bien llorado, de Ingenieros, de Vasconcelos, y de algunos más, que cual faros inmensos están lanzando miriadas de destellos para indicar el sendero que deben recorrer los hombres buenos, los hombres libres de América, camino de un grande ideal de amor y de progreso: hacia la unión de la América Latina, el magno sueño del vidente de Casacoima!

Mas dejemos, por ahora, ciertas consideraciones y

abramos *La Puerta*; contra la tendencia general de creer, (justificada muchas veces) que el *ultraísmo* está plagado de obscuridades, de desafueros literarios y originalidades vacuas y risibles, este libro contiene poemas sencillos y de hondo sentir. No pocos llegan a nuestro corazón y le dicen una canción hecha de amor y sentimiento.

Para qué afirmar que estos poemas de *La Puerta* no son definitivos, pero que Azócar lleva en sí la divina llama que lo hará triunfar. Oíd su canto a los árboles tristes:

“¡Oh los árboles tristes de esta calle dolida
y amarga como una mujer desengañada!

¡Oh los árboles, secos y aburridos
de estarse ahí desde cincuenta años,
de estarse ahí como viejos soldados,
montando guardia frente a la vieja casa!

No hacen caso del sol
ni hacen caso del viento:
son como esos pobres ciegos
que se acurrucan en las puertas
las manos alargadas, esperando, esperando.

Antes tuvieron hojas, y ramajes y sombra;
y tenían orgullo porque en la primavera
se alargaran las ramas, se tupieran las hojas
para echarse a dormir en los días de sol
sobre la tierra blanda.

Ahora ya no miran al suelo
y si miraran les daría pena
ver el triste esqueleto de sus troncos
sobre la calle muerta.

Uno de tanto verlos ya no se preocupa
de su vejez; pero los pobres árboles
mientras más olvidados más quieren a los hombres;

Y alargan lentamente sus ganchos espantables
para entrarse a la casa por los vidrios abiertos,
como buscando a alguien.

La sentida lamentación al camino abandonado, nos
sugiere tantas cosas:

“El camino se ha vuelto
por mirarme partir
ha de dolerle el alma
más que a mí.

Yo no esperaba hallarlo
El sí que me esperaba.
El sí que me esperaba
como cuando me fui.

Y ahí está echado como
un perro enfermo, ahí
me está lamiendo los pies,
mansamente servil.

Pobre camino viejo,
me voy a otro país.
¿Volveré a acariciarlo?
¿Volveré a acariciarlo?
Casi no tengo alma
para dejarlo así.

El camino se ha vuelto
y me quiere seguir.

Yo no volveré a verlo
nunca más; al partir
no he querido decirle
adiós. No tengo alma
para dejarlo así.

Amables recuerdos de la naturaleza, emoción nemo-
rosiana: Maestro Fray Lope, idílico Garcilaso, cómo me
hace recordaros *La Flauta de caña*:

“El sol quedó en un sosiego
de luz sobre la montaña.
Salud, buen sol, aquí te entrego
mi flauta rústica de caña.

El viento jugó indeciso
y se fue. En el abandono
del fondo rosa, un macizo
monte perfiló su cono.

El río besó las ramas
del sauce. Por la vega
pasa el rebaño lento.

Un suave olor a retamas,
a huerta florida, llega
en el viento.

Ahora leed con detención este poema del *Hombre*, y decid si allí no se revela Azócar como un espíritu libre y bueno que quiere la liberación de sus semejantes:

“Hombre: no digas que la vida es mala;
que la vida no vale la pena de vivirse
tu corazón quiere cazar tus alas
entre las telarañas de un ensueño imposible.

Hombre triste y sombrío como un muro,
abre los párpados y mira al camino
que te está haciendo señas como si fuera un brazo
y te apunta cercano un horizonte inmenso.

Yo era así como tú; pero una noche
me corté las amarras
y me fui mar adentro, como un barco pirata.

Hombre: tú que eres un árbol,
crece en una ansia de altura;
crece, crece tanto como puedas
y llega hasta las nubes convertido en un pájaro.

Desciende después sobre la tierra ruda
en una acción de gracias, como la lluvia.

Hombre que estás amarrado al hastío,
líbrate y échate a huír por los campos
por las ciudades y por el mundo
como un preso fugado.

Hombre oscuro. Hombre pequeño,
tienes el alma como en un puño cerrado
y te dueles a solas de tu resignación,
alarga las manos y rompe la amarra
que hizo un nudo ciego de tu corazón.

Para qué más? Leámos con cariño, llenos de sinceridad comprensiva esos poemas sencillos, pero de hondo sentir de *La Puerta* y esperemos que el nuevo libro de Azócar, próximo a editarse en la capital azteca, le resulte todo un éxito literario y nos haga sentir nuevas y bellas emociones.

M. R.

LA VIDA Y LA OBRA DE MANUEL JOSE HURTADO, por JUAN A. SUSTO y SIMON ELIET.—Talleres Gráficos.—Panamá.

Lentamente se va haciendo justicia a nuestros grandes hombres. Justo Arosemena el "patriota inmaculado" y modesto sabio, y Tomás Herrera el Bayardo panameño, ya encontraron quienes los sacaran del olvido y los dieran a conocer a las nuevas generaciones en sendos libros, muy valiosos por cierto: obra de cariño y de reparación llevada a cabo por dos distinguidos intelectuales panameños.

Ahora le ha tocado el turno a Manuel José Hurtado, el obrero abnegado e infatigable de nuestra instrucción pública, el apóstol de la educación popular en el Istmo. Si no es un libro voluminoso el que los señores Eliet y Susto han escrito acerca de Hurtado, su folleto sobre él, sin embargo contiene todos los detalles, elementos necesarios y apreciaciones justas para que la figura noble y austera de don Manuel José se destaque aureoleada con el prestigio

de sus virtudes ciudadanas, con la lumbre de su apostolado. Vida ejemplar! Digna por mil motivos de admiración, respeto y gratitud. Fue su labor tesonera y desinteresada la que echó las bases firmes sobre que descansa hoy el edificio de nuestra educación popular.

En muchos respectos este Maestro se adelantó a su tiempo y algunas de las medidas que él sugirió al Gobierno del Departamento de Panamá en materia de instrucción pública aun pueden considerarse como ideales todavía lejanos, así la independización de la Instrucción Pública con sus rentas propias y con Juntas de Educación integradas por personas bien preparadas y ajenas a la política, es algo por lo que suspiran, como un remedio a ciertos males, algunos distinguidos educadores de Panamá.

Bien venido sea este librito sobre Manuel José Hurtado. Bien escrito, y lleno de las mejores intenciones, ojalá fuera leído tanto por maestros y Profesores, como por todos aquellos ciudadanos que se interesan por el progreso del país. Talvez el ejemplo de Hurtado, el conocimiento de sus íntimas convicciones, tan nobles, tan generosas, influencien y muevan a más de uno a laborar por el engrandecimiento de Panamá. Cómo, a ser posible, se iluminaría la faz de aquel varón excelso si viera que las generaciones de hombres que le han sucedido heredan su dulce anhelo de hacer bien a los demás, de enseñar o de procurar que se enseñe al que lo ha menester.

M. R.

LA MUJER QUE NECESITABA AMAR.—ALBERTO INSUA.—Renacimiento.—Madrid.

La tendencia general de los novelistas contemporáneos es la de ser originales, retratar tipos y caracteres que sean la representación escrupulosa de ciertos casos típicos. Procuran ellos ahondar en el análisis psicológico y también invadir y utilizar lo poco que sabemos de los misterios fi-

siológicos, y el valor que tienen en las actuaciones de los hombres: pobres polichinelas a quienes mueven las influencias ancestrales e impulsan las glándulas, cuando más libres se creen.

Tanto Alberto Insúa en *La Mujer que necesitaba amar*, su último libro, como Víctor Margueritte en *La Garçonne* y Luis Araquistain en *Las Columnas de Hércules*, se han enfrentado al problema, cada vez más interesante, de las mujeres modernas, a quienes no es posible juzgar basados únicamente en austeras reglas éticas, sino con criterio amplio y comprensivo, propio de la nueva filosofía que se está elaborando en la actualidad al influjo de las corrientes nuevas de pensamiento y de acción, que agitan y conmueven a la humanidad entera.

La "Irene Acosta" de Insúa no es la Monique Lerbier de Margueritte, esa mujer-muchacho, de espíritu levantado y bueno a pesar de todo, que, ante el engaño de que es objeto levanta su estandarte de rebelión, da en tierra con infinitos prejuicios y decide vivir su propia vida, vida accidentada, que la lleva de tumbo en tumbo, sin ser viciosa, a través de las siete escalas de los pecados capitales, y sigue así sin más trabas que su voluntad, hasta que encuentra su verdadera personalidad bajo la influencia del amor; entonces, es honrada a la manera como generalmente se concibe la honradez y es feliz.

No es la heroína de la novela de Insúa del todo semejante a la Hipólita de "Las Columnas de Hércules" de Araquistain, aun cuando es una modalidad nueva del mismo caso. En efecto, Hipólita como Monique es una joven desprejuiciada completamente, de gran imaginación y de inteligencia viva y cultivada; ella, Hipólita, siente gran repugnancia por el amor ya que él significa el sometimiento de la mujer al hombre, no en el sentido de antaño, pues si la edad moderna ha equiparado a los dos sexos, no ha podido cambiar su fisiología. Le exaspera pensar que las mujeres sean únicamente "incubadoras de hombres, o lo que es aún peor, unas máquinas de sensaciones medulares"..... Rencorosamente protesta del papel secun-

dario que le corresponde: "una especie de anónima inmortalidad biológica". "Para qué ser madre? pregunta. Por qué sacrificarse integral e innomidamente a la especie?" Va contra la fatalidad que pesa sobre ella, y quiere prescindir de su sexo, aun cuando considere que ello es, en las mujeres "el principio de toda anulación individual" Fiel a su credo ideológico ensaya vivir de acuerdo con él, y va de aquí para allá, libremente, con un gran odio genésico al hombre. Contrariamente a la Garçonne permanece im-poluta: concedora de todos los vicios, pero sin ajar su extraña virtud. Y así mantiénese firme en la enhiesta cumbre de su intelectualismo orgulloso. Pero lentamente el genio de la especie la domina, el sentimiento resquebraja sus creencias más firmes, y al fin siente y comprende la felicidad de ser mujer amante y amada, sin renunciar por ello a las prerrogativas de su inteligencia. La esfinge le hace su gran revelación y entonces encuentra cuál es el sentido supremo de la vida

Irene Acosta, el personaje principal del último libro de Insúa, es una modalidad nueva de mujer en el campo del adulterio. Escritora de gran renombre, tiene dos hijos a quienes adora, lo mismo que a su esposo, un periodista, que en sus buenos tiempos fue todo un hombre, pero a quien las fatigas intelectuales y la herencia congénita, lo han llevado a ser únicamente el marido espiritual de su mujer. En tanto que él decae sexualmente, ella va en ascenso, hacia la cumbre triunfal de sus gloriosos treinta años: desbordante de belleza la vida canta un himno donisiaco en sus venas; de su cuerpo estatuario de líneas armoniosas, de contornos rotundos se escapan corrientes magnéticas de atracción. El instinto, padre y señor, le dice bellas y peligrosas palabras de placer a su desbordante y potente juventud. Pero como ella ama con intenso amor a su esposo y a sus hijos, fiera luchan entablan ese sagrado sentimiento y el empuje indomable del deseo. Cómo anhela en sus largas noches de insomnio que su Adrián vuelva a ser el hombre vigoroso de antes. De ser posible ella estaría siempre con él, lo amaría siempre sin cansarse, mas la fatalidad no lo per-

mite. Y la mujer inteligente, la mujer de hermosura de diosa, ánfora sedienta, dominada por las fuerzas ocultas de la naturaleza, que la rinden, al fin cae.

Ved como surge la tragedia; se destaca ya claramente delineada la mujer que necesitaba amar, amor espiritual y material, conjuntamente. Le falta el último por deficiencia involuntaria de su esposo, y se ve compelida fatalmente a buscarlo en ajenos brazos. Nunca lo creyera! He allí la situación: una alma grande, una gran inteligencia, a quien escuda el amor es sin embargo vencida por el terrible mal del deseo, en complicidad con su naturaleza ardorosa y exuberante.

Misera envoltura humana ¿qué pensar ante tu infeliz debilidad? Con qué criterio juzgar a Irene Acosta, diosa por su cuerpo de Diana y su rara inteligencia, mujer muy mujer por las tristes victorias de su carne. La condenaremos en nombre de la Moral, o la absolveremos en nombre de la Fisiología. Arduo problema, de trascendentales consecuencias!

Hipólita Cacodoro, Monique Lerbier y esta Irene Acosta, constituyen una trilogía digna de estudio; son modalidades del alma femenina contemporánea, productos de una educación de encontradas tendencias, flores magníficas y raras de una civilización decadente.

Queremos ser justos y comprensivos, pero vacilamos antes de lanzar un juicio definitivo sobre estos casos de mujeres ultra-civilizadas. Y claro, si de escoger se tratara nos quedaríamos con Hipólita, o con Monique: ellas terminaron, aunque con alguna diferencia en su favor, por donde Irene comenzara. Esperemos, sin embargo, pues como Alberto Insúa promete una segunda parte de su obra que se denominará *La Mujer que agotó el amor*, próxima ya a publicarse, talvez allí encontremos nuevos elementos que nos permitan emitir una opinión ecuánime y sincera acerca de Irene, esa mujer de extrañas dualidades. . . .

M. R.



INDICE DE LECTURAS

Por O. M. P.

He arreglado este índice para los que ya han adquirido una cultura general apreciable por el estudio y para aquellos lectores independientes y personales, que pueden interpretar y asimilar lo que leen, ensancharlo y completarlo, discutirlo o compararlo, juzgarlo o pesarlo. No quiero decir, es claro, que sólo sea útil para los que han alcanzado un alto grado de desarrollo intelectual; ello equivaldría a aquella recomendación que recuerda un escritor de «no entrar en el agua antes de haber aprendido a nadar».....

El objeto que me he propuesto es, sencillamente, presentar los fundamentos de una biblioteca enciclopédica que pueda servir para forjar o ayudar a forjar una cultura literaria general y amplia.

No se vea, pues, en este índice ningún espíritu sectario ni el deseo de propagar principios o ideas especiales. Pienso, como Alomar, y en esto está el peligro de las bibliotecas, que «la lectura de un libro, sea la que sea la energía educativa latente en sus páginas, no presupone su legítima y provechosa interpretación, ese *criterio* eternamente perfectible, sin el cual las más altas producciones del genio resbalan sobre las almas no escogidas como el agua sobre el cristal. El más alto libro religioso producirá, según quien lo interprete, el misticismo más puro y amoroso, o el odio perseguidor y sanguinario. La epopeya nacional más bella puede resolverse en el afán nobilísimo de convertir la patria en factor de la total felicidad humana o en el fanatismo guerrero xenófobo más primitivo».

No pretendo, en fin, que sea este un índice completo, pero no he querido encerrarme tampoco en el marco de hierro, tan socorrido, de «los cien mejores libros de la humanidad». En los que aquí señalo, el lector puede estar seguro de encontrar siempre páginas fecundas dentro de las ideas o de las materias que lo seduzcan. Desde luego, he prescindido, en cuanto me ha sido posible, de los autores contemporáneos y de las clasificaciones en casilleros absurdos.

Si contribuyo en algo a despertar la afición a los buenos libros, que es mi único propósito, ello será mi mejor recompensa.

* * *

Himnos Védicos
 Los Nibelungos
 El Corán
 El Sakuntala
 El Pancha Tantra
 Las mil y Una Noches
 Calila y Dimna
 El Talmud
 La Biblia
 El mío Cid
Confusio. — Anacleas
Vyasa. — El Mahabarata
Valmiki. — El Ramayana
Omar Khayyam. — Los Rubayata
Rabindranath Tagore. — Poemas selectos.

Eurípides. — Ifigenia. — Hipólito. — Las Troyanas. — Hécula. — Alcestitis
Esopo. — Fábulas
Heródoto. — Las Guerras Médicas
Tucídides. — Historia de la Guerra del Peloponeso
Aristóteles. — Moral. — Metafísica
Platón. — La República. — Diálogos
Píndaro. — Odas
Aristófanes. — Comedias
Teócrito. — Idilios
Teofrasto. — Los Caracteres

* * *

Homero. — La Iliada. — La Odisea
Hesíodo. — Teogonías. — Los Trabajos y los días
Sófocles. — Antígona. — Edipo Rey
Esquilo. — Prometeo. — Los persas. — La Orestíada

Marco Aurelio. — Meditaciones
Plutarco. — Vidas Paralelas
Cicerón. — Discursos. — El Libro del Orador
Plauto y Terencio. — Comedias.
César. — Comentarios
Tito Livio. — Anales
Virgilio. — La Eneida. — Las

Geórgicas

- Horacio*. — Arte Poética
Pedro. — Fábulas
Marcial. — Epigramas
Juvenal. — Sátiras
Tácito. — Anales
Suetonio. — Vida de los doce Césares
Petronio. — El Satiricón
Lucano. — La Farsalia
Séneca. — De la Tranquilidad del alma. — De la Vida Feliz
Aulo Gelio. — Noches áticas
Epicteto. — Manual
San Agustín. — La ciudad de Dios. — Confesiones
Santo Tomás. — Summa Teológica

* * *

- Dante*. — La Divina Comedia. Vita Nuova
Petrarca. — El Cancionero. (Rimas y Triunfos)
Boccaccio. — El Decamerón
Francisco de Asís. — Florecillas
Ariosto. — Orlando Furioso
Maquiavelo. — El Príncipe
Tasso. — Jerusalém Libertada
Alfieri. — Teatro escogido
Leonardo de Vinci. — Tratado de la Pintura
Mazzini. — Discursos al pueblo Italiano
Leopardi. — Poesías
Carducci. — Poesías
Manzoni. — Los Novios
Silvio Pellico. — Mis prisiones
Fóscolo. — Cartas de Jacobo
Ortiz. — Poemas y Tragedias
Cantú. — Historia Universal
Ferrero. — Grandeza y Deca-

dencia de Roma

- Fogazzaro*. — El santo
Croce. — Estética
D'Annunzio. — El Fuego. — Las Vírgenes de las Rocas
De Amicis. — Corazón
Lombroso. — Antropología y psiquiatría. — Aplicaciones Judiciales y médicas de la antropología criminal
Garófalo. — Criminología
Montegaza. — Testa
Ferri. — La Escuela Criminalista Positiva
Nitti. — Europa sin Paz

* * *

- Rabelais*. — Gargantúa y Pantagruel
Montaigne. — Ensayos
Descartes. — Meditación — Discurso sobre el método
Pascal. — Pensamientos
Corneille. — El Cid
Racine. — Andrómaca
Molière. — El Misántropo. — El Avaro. — El Tartufo
La Fontaine. — Fábulas
Bossuet. — Discurso sobre la Historia Universal
Fenelón. — Las Aventuras de Telémaco
La Bruyère. — Los Caracteres
Seigné. — Cartas
La Rochefoucault. — Máximas
Saint Simón. — Memorias
Montesquieu. — El Espíritu de las Leyes. — Cartas Persas
Le Sage. — Gil Blas de Santillana
Voltaire. — Cándido. — El Siglo de Luis XIV
Diderot. — Pensamientos Filo-

sóficos. — Interpretación de la naturaleza

Condillac. — Ensayos sobre el origen de los conocimientos humanos

Rousseau. — El Emilio. — Confesiones. — El Contrato Social

Quinet. — El Espíritu Nuevo
Saint Pierre. — Pablo y Virginia

Chénier. — Poesías

Volney. — Las Ruinas de Palmira

Chateaubriand. — Los Mártires. — El Genio del Cristianismo. El último abencerraje. — Atala y René

Napoleón. — Memorias

Lamartine. — Meditaciones. — Historia de los Girondinos. — Rafael y Graciela. — Civilizadores y Conquistadores

Vigny. — Poemas antiguos y modernos. — Los Destinos

Musset. — Las Noches

Constant. — Adolfo

Victor Hugo. — La Leyenda de los Siglos. — Los Miserables. Nuestra Señora de París

Balzac. — La Comedia humana. — La Piel de Zapa

Flaubert. — Madame Bovary. Salambó. — La Leyenda de San Julián el hospitalario

Los Goncourt. — Herminia Lacerieux. — Elisa

Daudet. — Tartarín de Tarascón. — Jack

Zola. — Estudios Literarios. Germinal. — Verdad. — Roma. Fecundidad. — Trabajo

Bourget. — El Discípulo

Jorge Sand. — Indiana. — Va-

lentina

Flammarión. — Narraciones del Infinito. — Pluralidad de los mundos habitados

Stendhal. — Rojo y Negro. — Paseos por Roma

Piccard. — La ciencia Moderna

Payot. — La educación de la voluntad

France. — Jardín de Epicuro. El Crimen de un académico. — Los Evangelios. — Crítica Literaria. — La Isla de los Pingüinos

Guizot. — Historia de la Civilización de Europa

Lamennais. — Palabras de un creyente.

Tocqueville. — La Democracia en América

Mignet. — Historia de la Revolución

Maupassant. — Cuentos

Michelet. — Historia de Francia

Thiers. — Historia de la Revolución Francesa.

Renán. — La Vida de Jesús. — Diálogos Filosóficos. — La Plegaría sobre la Acrópolis. — Recuerdos de Infancia y Juventud

Sainte-Beuve. — Retratos literarios

Taine. — La Filosofía del Arte. Orígenes de la Francia Contemporánea. — Historia de la Literatura Inglesa

Comte. — Filosofía Positivista

Poincaré. — La ciencia y el método

Seignobos. — Historia de la civilización

Leroy Beaulieu. — Economía

política

Tarde. — Estudios penales y sociales

Faguet (Emilio). — Los diez mandamientos

Julio Verne. — La isla misteriosa

Lefèvre (André). — Las lenguas y las razas

Le Dantec (Félix). — Elementos de filosofía biológica. — Teoría nueva de la vida

Feuillée. — Historia de la filosofía moderna

Baudelaire. — Flores del mal

Le Bon. — Psicología de la educación. — Psicología de las multitudes

Guyau. — El arte desde el punto de vista sociológico. — La educación y la herencia. — Ensayo de una moral sin obligación ni sanción

Verlaine. — Poesías

Mallarmé. — Poesías

Mistral. — Mireia

Leconte de Lisle. — Poemas antiguos y poemas bárbaros

Rostand. — Cyrano. — Chantecler

José María de Heredia. — Los trofeos

Reclus. — Mis exploraciones en América. — La tierra y los hombres

Amiel. — Diario íntimo

Rod. — *El silencio.* — El sentido de la vida

Tomás de Kempis. — Imitación de Cristo

Goethe. — Fausto. Werther

Schiller. — Guillermo Tell

Lessing. — El Lacoonte

Herder. — Filosofía de la Historia

Heine. — Cantares. — Cuadros de Viaje

Erasmus. — Los Coloquios

Leibnitz. — Opúsculos

Marx. — El Capital

Hauptmann. — Teatro

Humboldt. — Descubrimiento de América

Froebel. — Educación del Hombre

Grimm. — Cuentos

Pestalozzi. — Enseñanza de Gertrudis y sus hijos

Fichte. — La ciencia del conocimiento

Nietzsche. — Así hablaba Zaratustra

Groote. — Historia de Grecia

Schopenhauer. — El mundo como voluntad y representación

Hoffding. — Historia de la filosofía moderna

Wagner. — Recuerdos de mi vida. — Dramas musicales

Wundt. — Psicología de los pueblos

Eucken. — Los grandes pensadores

Ziehen. — Psicología fisiológica

Max Nordau. — Las mentiras convencionales

Mommsen. — Historia de Roma

* * *

Chaucer. — Cuentos
Shakespeare. — Hamlet. — La Tempestad. — Romeo y Julieta. — Ricardo III. — El Rey Lear. — Macbeth. — Sueño de una noche de verano. — El Mercader de Venecia
Milton. — El Paraíso Perdido
Swift. — Viajes de Gulliver
Goldsmith. — El Vicario de Wackefield
De Foe. — Robinson Crusoe
Sterne. — Viaje sentimental
Byron. — Manfredo. — Childe Harold
Shelley. — Poemas
Pope. — Ensayos sobre el hombre
Gibbon. — Historia de la Decadencia del Imperio Romano
Wells. — El descubrimiento del futuro. — Anticipaciones. — Kipps. — Utopías modernas
Walter Scott. — Ivanhoe
Dickens. — Pickwick. — David Copperfield
Thackeray. — Feria de las Vanidades
Gladstone. — Los Grandes Hombrés
Mill. — Autobiografía. — La Libertad. — Lógica. — Estudios sobre Religión
Locke. — Tratado del Gobierno. — Pensamientos acerca de la Educación
Darwin. — Autobiografía. — Origen de las especies
Max Müller. — Historia de las religiones. — La ciencia del Lenguaje

Huxley. — Introducción al estudio de las ciencias
Haeckel. — Los enigmas del Universo. — Las Maravillas de la vida
Spencer. — Los primeros principios. — La Educación
Bacon. — Novum Organum
Tenyson. — Maud. — La Princesa
Macaulay. — Ensayos. — Historia de Inglaterra
Keats. — Endimión. — Adonais
Browning. — Poesías y Monólogos. — Paracelso. — Pippa pasa
Swinburne. — Poemas y Baladas. — Atalanta. — Ensayos y Estudios
Mateo Arnold. — Ensayos y críticas
Kipling. — El Libro de las Tierras Vírgenes
Lord Chesterfield. — Cartas a su hijo
Moore. (Tomás). — Utopía
Carlyle. — Los Héroes
Ruskin. — Las siete lámparas de la arquitectura
O'Leary. — Memorias de Bolívar
Wiseman. — Fabiola
Wilde. — Cuentos y parábolas
B. Shaw. — Opiniones dramáticas y ensayos. — Pigmalión. — Vencidos. — Androcles y el León. — Hombre y Superhombre.
Fitzmaurice Kelly. — Historia de la Literatura española.
Smiles. — El Ahorro. — Ayúdate. — El Deber.

* * *

- Ibsen.* — Los espectros. — Soldness Brand. — Casa de Muñeca
Bjornson. — Leonarda. — Pescadora. — Mary
Strinberg. — El viaje de Pedro el Afortunado
Andersen. — Cuentos
Rodenback. — Poemas. — Museo de Beguinas. — El Campanero
Verhaarem. — Les Flamands. — Las Alas Rojas de la Guerra.
Maeterlinck. — El Tesoro de los Humildes. — La Princesa Malena. — La Intrusa. — El Pájaro Azul. — Las Abejas. — La Intelligencia de las flores.
Luis Vives. — Introducción a la Sabiduría
Espinosa. — Etica. — Cartas
- * * *
- Tolstoy.* — Resurrección. — La Guerra y la Paz
Gorki. — Los exhombres. — En la Prisión
Dostoyeuski. — Memoria de la Casa de los Muertos. — Crimen y Castigo
Puchkine. — Los Prisioneros del Cáucaso
Turguenef. — Diario de un Cazador. — Tierras Vírgenes. — Padres e hijos
Sienkiewicz. — Quo Vadis?
Lenín. — La Revolución y el Estado
Trotzky. — Historia de la Revolución rusa
- * * *
- Poe.* — Historias Extraordina-
- rias
Emerson. — Hombres representativos. — Los veinte ensayos
Longfellow. — Excelsior. — Evangeline
Mark Twaine. — Autobiografía burlesca. — Los inocentes en el extranjero
Franklin. — Autobiografía. — El Arte de ser rico
Storwe. — La Cabaña del Tío Tom
Walt Whitman. — Leaves of grass
Irving. — Cuentos
James. — Psicología
Prescott. — Historia de la Conquista de Méjico. — Historia de la Conquista del Perú
Boocker Washington. — Saliendo de la esclavitud
Dewey (John). — Democracia y educación. — La Escuela y La Sociedad
Ward (Lester). — Sociología. — Factores Psíquicos de la Civilización
Wilson (Woodrow). — La Nueva Sabiduría. — Discursos
Marden. — La alegría del vivir
- * * *
- Camoens.* — Los Lusíadas
Eca de Queiroz. — El Mandarín. — La ciudad y la sierra. — Los Maías. — Epistolario de Fradique Méndez
Teófilo Braga. — Artículos
Guerra Junqueiro. — Obras poéticas
- * * *

- Alfonso el Sabio*. — Las siete partidas
- Arcipreste de Hita*. — El Libro del Buen Amor
- Marqués de Santillana*. — Serranillas y Vaqueras
- Fernando de Rojas*. — La Celestina
- Jorge Manrique*. — Coplas a la muerte de su padre
- Hernando del Pulgar*. — Claros Varones de Castilla
- Garcilaso*. — Eglogas
- Fray Luis de León*. — Poesías. — La perfecta Casada
- Fernando de Herrera*. — Canciones
- Los Argensolas*. — Sonetos
- Rodrigo Caro*. — Canción a las ruinas de Itálica
- Rioja*. — Epístola moral
- Ercilla*. — La Araucana
- Bernardo de Balbuena*. — El Bernardo
- Mariana*. — Del Rey y de la Institución Real
- Vélez de Guevara*. — El Diablo Cojuelo
- Hurtado de Mendoza*. — El Lazarillo de Tormes
- Antonio de Solís*. — Historia de la Conquista de Méjico
- Quevedo*. — Letrillas
- Historia del Gran Tacaño
- Góngora*. — Romances y Letrillas
- Antonio Pérez*. — Cartas
- San Juan de la Cruz*. — Noche oscura del alma
- Santa Teresa*. — Las Moradas. — Cartas
- Granada*. — Guía de Pecadores
- Cervantes*. — El Quijote. — Novelas Ejemplares
- Lope de Vega*. — El mejor Alcalde el Rey. — Estrella de Sevilla. — El castigo sin venganza
- Calderón*. — La Vida es sueño. — El Alcalde de Zalamea
- Tirso*. — El burlador de Sevilla. — Condenado por desconfiado
- Ruiz de Alarcón*. — La verdad sospechosa
- Moreto*. — El desdén con el desdén
- Rojas Zorrilla*. — García del Castañar
- Jovellanos*. — Obras
- Saavedra Fajardo*. — Idea de un príncipe político cristiano
- Samaniego*. — Fábulas
- Tamayo y Baus*. — Locura de amor
- Iriarte*. — Fábulas
- Espronceda*. — Diablo Mundo
- Zorrilla*. — Don Juan Tenorio
- Núñez de Arce*. — Gritos del Combate
- Campoamor*. — Doloras y Poemas
- Becquer*. — Rimas.
- Menéndez Pelayo*. — Los heterodoxos. — Las ideas estéticas
- Pereda*. — Sotileza. — Peñas arriba. — El sabor de la Tierruca. — Escenas montañosas
- Coloma*. — Pequeñeces. — Lecturas recreativas
- Valera*. — Pepita Jiménez — Discursos. — Cartas
- Galdós*. — Episodios Nacionales
- Fernán Caballero*. — La Gaviota. — Clemencia. — Cuadros y escenas de costumbres
- Echegaray*. — El Gran Galeote
- Pardo Bazán*. — La quimera. La sirena negra. — Estudios

críticos. — San Francisco de Asís
Coll y Vehí. — Diálogos literarios

Benavente. — Los intereses creados

Iarra. — Artículos de costumbres

Balmes. — El criterio

Palacio Valdés. — José. — La Hermana San Sulpicio. — La Alegría del Capitán Ribot

Maetzta (Ramiro de). — La Crisis del Humanismo

Altamira. — Filosofía de la Historia

Clarín. — La Regenta. — Solos de Clarín

Costa. — La vida del Derecho. — Estudios jurídicos y políticos. — La generación del Poder.

Cajal. — Recuerdos de mi vida

Posada. — Principios de Derecho Político. — Sociología. — Tratado de Derecho Administrativo

* * *

Bolívar. — Discursos y proclamas

Montalvo. — Los siete tratados

Olmedo. — Canto al Libertador

Bello. — Obras

Sarmiento. — Facundo

Alberdi. — Bases. — La acción de Europa en América

Bunge. — La Educación

Lugones. — Poesías

Rodríguez Larreta (*Enrique*). — Gloria de don Ramiro

Ingenieros. — Obras

Mármol. — Amalia

Alma Fuerte. — Poesías

Andrade. — La Atlántida

Caro (M. A.). — Obras

Isaacs. — María

Cuervo. — Apuntaciones críticas

Torres (C. A.). — Idola Fori.

— Estudios críticos

Valencia (Gmo.). — Ritmos

Silva (J. A.). — Poesías

René Moreno. — Escritos

Pulma (*Ricardo*). — Tradiciones peruanas

García Calderón. — Profesores de Idealismo

Chocano. — Poesías selectas

Díaz Rodríguez. — Camino de Perfección

Blanco Fombona. — El Hombre de Hierro

Zorrilla de San Martín. — Tabaré

Herrera y Reissing (*Julio*). — Poesías

Sánchez Florencio. — Teatro

Rodó. — Cinco Ensayos. —

Motivos de Proteo

Roxlo. — Historia Crítica de la Literatura Uruguaya

Vaz Ferreira. — Lógica Viva

Juana de Ibarburu. — Poesías

Hostos. — Moral Social. —

Tratado de Sociología

Gómez de Avellana (G). — Poesías

Merchán. — Estudios Críticos

Martí. — Páginas escogidas.

— Los Estados Unidos

Del Casal. — Hojas al viento.

— Bustos y rimas

Enrique José Varona. — Escritos

Blest-Gana. — Los trasplantedos. — Durante la reconquista

- Letelier.* — Filosofía de la educación
- González Pedro A.* — Ritmos
- Lastarria.* — La América
- Bilbao.* — Obras
- Víctor Domingo Silva.* — Poesías
- Gabriela Mistral.* — Poesías
- Donoso (Armando).* — Obras críticas
- Rubén Darío.* — Poesías selectas
- Amado Nervo.* — Poesías selectas
- Gutiérrez Nájera.* — Poesías selectas
- Sor Juana Inés de la Cruz.* — Poesías
- Justo Sierra.* — Escritos
- Gómez Carrillo.* — Crónicas
- Fabio Fiallo.* — Versos y cuentos
- Arosemena Justo.* — Estudios constitucionales
- Herrera Darío.* — Horas Lejanas.
- Vasconcelos (José).* — Monismo Estético. — Prometeo Vencedor



CORRECCIONES

El artículo titulado *La población del Istmo* por el Dr. Eusebio A. Morales ha salido con muchísimos errores de todo género. El autor confía en que las personas que han leído ese estudio comprenderán fácilmente que él no podía decir, por ejemplo, *son suficiente claros* para no dar ocasión, etc. etc., como se lee en la línea de la página 474, como tampoco atribuirle los demás errores consistentes en transposiciones de palabras, y aún de frases, faltas de concordancia y confusiones que nacen de la supresión de líneas enteras.

□□□□

DISPONIBLE

TODOS LOS MATERIALES USADOS

EN LA

PANADERIA

DEL

==== TALLER ====

DE

Pedro A. Diaz

SON SIEMPRE PUROS Y FRESCOS

Calle 5ª No. 35

Teléfono 523

Banco Nacional de Panamá.

CAPITAL Y RESERVA: B. 1.066.087,09

INSTITUCION DEL ESTADO FUNDADA EN 1904

**ADMINISTRADOR Y DEPOSITARIO DEL GOBIERNO DE LA
REPUBLICA DE PANAMA**

Está en condiciones de prestar toda clase de servicios bancarios por medio de sus Agentes que mantiene en todas las Provincias.

**Compra y venta de giros sobre el exterior.—Operaciones de
Banca en general.**

DISPONIBLE

Compañía Internacional de Seguros

SOCIEDAD ANONIMA

==== PANAMA ====

————
CAPITAL: B. 2.000.000
————

Asegura contra riesgos
marítimos y de incendio.

“LA LEGITIMIDAD”

JOSE PADROS

Calle A. No. 7. Panamá. Apartado postal 660

Depósito de los afamados cigarrillos de la Habana

“LA LEGITIMIDAD”

Gran surtido de Cigarros Habanos de las acreditadas
marcas Henry Clay, Bock y Cía. y La Corona.

DEPOSITO EN COLON

UNIVERSAL BAR, FRENTE AL PARQUE.

APARTADO No. 132

TELEFONO No. 279.

DISCOS.

VICTROLAS.

LA POSTAL

GERVASIO GARCIA,

PROPIETARIO

Avenida Central, No. 68.—PANAMA.

A este establecimiento concurren obligadamente todas las
personas amantes de la buena música, a proveerse de
Victrolas y Discos de la afamada casa VICTOR
y siempre salen satisfechas.

Por cada correo llegan a LA POSTAL, las mejores Revistas y
Periódicos de España, Centro y Sur América, en que
colaboran los más renombrados escritores
de habla hispana,

Postales de diferentes clases y a precios muy bajos.

INSTRUMENTOS DE CURD

La práctica en este negocio nos permite ofrecer a nuestra numerosa
clientela los mejores artículos en el ramo de PAPELERIA
y útiles de escritorio.

POSTALES.

REVISTAS.